

Un psicoanalista responde.

A psychoanalyst responds.

Emilio González Martínez.

Psicoanalista, Madrid.

*No a todo. No, quizás, lo que Ud. espera.
Tampoco responderá si la respuesta significa
la desgracia de la pregunta.*

A quién le interesa negar la existencia de la sexualidad infantil y, al mismo tiempo, negarle existencia a la sexualidad en la vejez.

¿A quién le interesa?

Le puede interesar individualmente a muchas personas, pero sale ganando la línea ideológica que propugna que la sexualidad quede recluida en su cuarto, al servicio, a las órdenes de los tiempos que la especie marque para su reproducción.

Pero resulta que la especie no es, en principio, un problema del sujeto psíquico. En todo caso, es -como el dinero y sus leyes- una violencia que se ejerce sobre él, y para que soporte esa irrupción, le conceden lujurias las justas y requeridas para cada ceremonia de la especie y a su mayor gloria.

Pero, aunque la cultura es algo perfectamente prescindible en el orden de la especie, resulta que los niños nacidos por y para la reproducción de la especie, también nacen a una cultura. Podríamos decir que cientos, miles de años, millones de libros, de esculturas, de músicas, acogen a esa criatura.

De manera que el niño nace mudo, más no acallado y pasa, en adelante, a ser "hijo".

Y aunque salte a la vista, según dicen, que nacen niños y niñas, esta evidencia cae sobre la ausen-

cia de representación de masculino y femenino que ostenta el sujeto psíquico. Quiere decir que hay que currársela.

Si la llamada identidad sexual es algo, es una búsqueda.

Siempre y cuando la búsqueda no se vuelva turismo sexual.

Digo esto por la extendida confusión entre sueños y geografía que nos aqueja y que lleva a la ilusión de que -con toda seguridad- un cambio de residencia o de pareja, nos proporcionará un cambio de vida.

De otra cosa de la que no tiene representación el sujeto psíquico es de la muerte.

Si, por supuesto de los muertos, diferencia que se palpa en este fragmento del Sueño de la muerte de Francisco de Quevedo:

“En esto entró una que parecía mujer, muy galana y llena de coronas, cetros, hoces, abarcas, chapines, tiaras, caperuzas, mitras, monteras, brocados, pellejos, seda, oro, garrotes, diamantes, serones, perlas y guijarros. Un ojo abierto y otro cerrado, vestida y desnuda de todos colores. Por el un lado era moza y por el otro era vieja. Unas veces venía despacio y otras aprisa. Parecía que estaba lejos y estaba cerca. Y cuando pensé que empezaba a entrar, estaba ya a mi cabecera.

Yo me quedé como hombre que le preguntan qué es cosi y cosa, viendo tan extraño ajuar y tan desbaratada compostura. No me espantó;



suspendióme, y no sin risa, porque, bien mirado, era figura donosa. Preguntéle quién era, y díjome:

- La muerte.

¿La muerte? Quedé pasmado. Y apenas abrigué en el corazón algún aliento para respirar; y muy torpe de lengua, dando trasijos con las razones, la dije:

- Pues, ¿a qué vienes?

- Por ti - dijo

- ¡jesús mil veces! Muérome según eso-

- No te mueres - dijo ella; vivo has de venir conmigo a hacer una visita a los difuntos. Que pues han venido tantos muertos a los vivos, razón será que vaya un vivo a los muertos y que los muertos sean oídos. ¿Has oído decir que yo ejecuto sin embargo? Alto, ven conmigo.

Perdido de miedo, le dije:

- ¿No me dejarás vestir?

- No es menester - respondió. Que conmigo nadie va vestido, ni soy embarazosa. Yo traigo los trastos de todos, porque vayan más ligeros.

Fui con ella donde me guiaba. Que no sabré decir por donde, según iba poseído del espanto. En el camino la dije:

- Yo no veo señas de la muerte, porque a ella nos la pintan unos huesos descarnados con su guadaña. Paróse y respondió:

- Eso no es la muerte, sino los muertos, o lo que queda de los vivos. Esos huesos son el dibujo sobre que se labra y forma el cuerpo del hombre. La muerte no la conocéis, y sois vosotros mismos vuestra muerte. Tiene el rostro de cada uno de vosotros, y todos sois muerte de vosotros mismos. La calavera es el muerto, y el rostro es la muerte. Y lo que llamáis morir es acabar de morir, y lo que llamáis nacer es empezar a morir, y lo que llamáis vivir es morir viviendo. Y los huesos es lo que de vosotros deja la muerte y lo que le sobra a la sepultura. Si esto entenderais así, cada uno de vosotros estuviera mirando en sí su muerte cada día y la ajena en el otro, y vierais que todas vues-

tras casas están llenas de ella y que en vuestro lugar hay tantas muertes como personas, y no la estuvierais aguardando, sino acompañándola y disponiéndola. Pensáis que es huesos la muerte y que hasta que veáis venir la calavera y la guadaña no hay muerte para vosotros, y primero sois calavera y huesos que creáis que lo podéis ser.

La muerte y las diferencias sexuales no tienen representación en el sujeto psíquico.

Y cuando digo “sujeto psíquico” me refiero al iceberg completo, no sólo a lo poco que se ve, sino también a esa máquina ciega, no mecánica, invisible, que sabe lo suyo (aunque no lo sepa) y siempre más de lo que yo creo conocer, así duerme, así venga a despertarme con un sueño.

Qué razón tenía aquel pensador que afirmaba: “el animal es lo que es, el hombre es nada”.

Quiere decir, el animal viene con dirección asistida para todo lo que atañe a la supervivencia.

Si puede, come, si no puede, ya comerá. Si puede duerme, si no, ya dormirá, defeca cuando y donde se le viene en gana y en época de celo, a copular.

El hombre -como es nada-, hasta lo que le es dado, se lo tiene que trabajar. En todo está atravesado por un desacuerdo esencial, funciona descompuesto.

A diferencia del animal, sabe que va a morir.

Es aquello de: “Lo que has heredado, conquístalo para poseerlo”.

Te dieron un nombre y te dijeron que era tu “nombre propio”, cuando nada hay más impropio. Ahora te corresponde hacerlo tuyo, apropiártelo.

Ahora bien, en el orden de la especie, además de pasar a ser “hijo” por haber nacido, tiene un padre y una madre.

Se hace necesario aclarar aquí que son funciones y no personas, quiero decir que esto no debería estar excesivamente personificado.

A las personas se les requiere que abandonen lo infantil pero se queden con la apasionada curio-

sidad, con el afán investigador, con el placer de disparatar, que disfrutaron siendo “hijos” y se conviertan en padres o madres, dejando de ser hijos. Lo que no quiere decir dejar de saludar a los señores padres y señoras madres de cada uno.

Digo todo esto porque muchos de los conflictos familiares en las relaciones de pareja

y entre éstos y los hijos surgen de que hay hijos que se han puesto a tener hijos.

Y aquello, más que una casa con algunos sitios para los niños, se convierte en una guardería con una habitación para que se recluyan los mayores, sin demasiada intimidad.

El don de la reproducción sexuada viene acompañado de una pareja de señoritas dispares: la sexualidad y la muerte. De ninguna de ellas me salvo por no tener hijos.

Padre, madre, hombre, mujer, es mucho más que un cuadrilátero, es una sopa lógica en la que suponemos que se juega mi sexualidad.

Poder pensar que mi padre es un hombre y mi madre una mujer puede llevarme a desconcertantes conclusiones: *“¡entonces ellos también follan!”*, aunque estén muertos. Se notará que sigo hablando de funciones, de las marcas simbólicas que hago y me hacen, de camino.

La vida es el camino más largo hacia la muerte y el conjunto de fuerzas que se oponen a ella.

La muerte es un futuro que está en mí, el único irreductible.

Es lo que se repite en mí y la repetición misma. Punto.

Contacto

Emilio González Martínez • emi.a.gonzalez@gmail.com

www.eprivas.com • Tel. 678 554 434